

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La caridad</i>	3	
<i>Michael Figura</i>	5	El mensaje joánico del amor
<i>Lucio Florio</i>	17	El amor y sus fuentes. Mirada topográfica del misterio del amor
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	25	Testimonio: Las dimensiones de la caridad
<i>Eduardo Gowland</i>	29	Caridad y vida monástica
<i>Dominique Poirel</i>	35	Amor de Dios, amor humano
<i>Jean Luc Marion</i>	47	El conocimiento de la caridad
<i>Santiago Kovadloff</i>	61	Buber, oyente de Dios
<i>Manfred Lochbrunner</i>	77	¿En camino a una biografía de Balthasar?

Caridad y vida monástica

por Eduardo Gowland*

1. “No anteponer nada al amor de Cristo”¹

Esta frase expresa el ideal monástico de San Benito de Nursia. Es una confesión “programática” de su fe y amor por Cristo, que nos indica lo que para él es la esencia de este modo particular de ser cristiano que es el monje.

En esto San Benito no es nada original. Hace suya una larga tradición nacida en los orígenes del monacato cristiano. Según ella, el monje es un cristiano más. Es alguien que, empleando ciertos medios y adoptando un estilo de vida particular —muy variado, por otra parte—, se propone seguir radicalmente a Cristo según el Evangelio. La caridad es para él, el corazón de su búsqueda de Dios y el fin propio de su vida.²

Según San Atanacio en su biografía sobre el gran San Antonio, el “padre” de los monjes, el mismo Antonio ya proponía este mismo ideal. Dice San Atanacio que “*Antonio consoló a muchos afligidos y reconcilió a muchos hombres..., pero a todos les repetía que no debían anteponer nada al amor de Cristo*”³.

Con todo, la expresión es más genuinamente cristiana. Perteneció al cristianismo sufriente de los orígenes, para el cual el martirio era la expresión más acabada de la caridad, pues imitaba más perfectamente a Cristo. Pasadas las persecuciones, el bautismo de sangre dejó de ser un modo relativamente accesible de imitar a Cristo; la Iglesia comprendió que otras formas de seguirlo eran igualmente válidas y hasta cierto punto equivalentes. Para muchos, el monacato con sus renunciaciones, su ascésis, y su combate espiritual, fue un modo de sufrir y participar del amor redentor de Cristo.

*Abad del Monasterio Trapense de U.S. de Los Angeles.

¹ Regla de San Benito (RB) 4,21.

² Ver, Casiano, Juan, *Colación I*, Ed. Rialp S.A. (Madrid, 1958), pp. 33-116, en la que el abad Moisés expone ampliamente cuál es el objetivo y fin del monje.

³ San Atanacio, *Vita Antonii*, 14.

Decía el abad Pastor: *“No hay mayor amor que dar la vida por el prójimo. Pero si uno al oír un insulto pudiendo devolverlo, lucha, se vence y no contesta; o herido en alguna cosa la lleva con paciente, sin vengarse, el que así obra, éste ciertamente está dando su vida por el prójimo.”*⁴

San Cipriano, comentando la oración dominical, nos da el mejor testimonio de este ideal:

*“Ser fuerte en tolerar la ofensa. Estar en paz con el hermano, amar al Señor de todo corazón, amarlo como a Padre, temerlo como a Dios, no anteponer nada al amor de Cristo, porque él no ha preferido nada a nosotros. Eso es permanecer en su amor; es estar al pie de la cruz con firmeza y con fe cuando somos llamados a combatir por el nombre y el honor del Señor. Es permanecer firmes y francos confesándolo con nuestras palabras, y en la muerte, abrazar la paciencia para obtener la corona del martirio; esto significa desear y transformarse en coheredero de Cristo.”*⁵

Este amor es el que San Benito propone al monje.

2. “Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios”⁶

En ese ícono de Cristo que son las bienaventuranzas, los monjes se identificaron particularmente con la sexta bienaventuranza de San Mateo. Es que la caridad en ellos produce un doble movimiento: deseo intenso de purificación personal, y vivo deseo de unión con Dios. “Lavarse” en las aguas de la conversión, y “gozar” de Dios por la contemplación.

Desde entonces, el anhelo por la “pureza del corazón” y la “oración continua” se hizo sinónimo de caridad para el monje, y el objetivo inmediato de su vida monástica.

Dice San Juan Casiano:

*“El fin último de nuestra profesión es el reino de Dios..., pero nuestro objetivo inmediato es la pureza de corazón. Sin ella es imposible alcanzar ese fin”*⁷. Por ella, y para poder conservarla siempre intacta, hemos dejado padres, patria, honores, rique-

⁴ *Apotegmas de los Padres del desierto*, recensión de Pelagio y Juan, Ed. “Las Huelgas” (Burgos, 1981), p. 233.

⁵ *De or. dom.* 15, PG 26, 865.

⁶ Mt. 5,8.

⁷ Col, I, IV.

zas...⁸. Por ella debemos abrazar la soledad, sufrir ayunos, vigi-
lias, trabajos, desnudez, darnos a la lectura y a la práctica de las
demás virtudes. Nuestro designio es guardar, gracias a ella,
nuestro corazón de todas las malas pasiones y subir, como por
grados, hasta la perfección de la caridad.”⁹

“Esa caridad no consiste más que en la pureza del corazón.
Porque no conocer la envidia, ni la hinchazón del orgullo, ni la
cólera; no obrar por frivolidad, no buscar el propio interés, no
pactar con la injusticia, no pensar mal de los demás, ¿qué otra
cosa es sino ofrecer a Dios continuamente un corazón puro y sin
mancha, intacto de toda pasión?”¹⁰

Por tanto, éste debe ser nuestro principal objetivo y el deseo
constante de nuestro corazón: que nuestra alma esté continua-
mente adherida a Dios y a las cosas divinas. Todo lo que le apar-
te de esto, por muy grande que pueda parecernos, es secundario.¹¹
El Señor pone el bien soberano del monje en la contemplación de
él mismo. Bastan muy pocas cosas, dice, para la perfecta felici-
dad... quien por la consideración de la Escritura va aprove-
chando en la contemplación de las cosas divinas, irá elevándose
de aquí hasta la visión de Dios, por medio de su gracia. El alma
en adelante no se nutrirá de otro alimento que no sea la hermo-
sura inefable del conocimiento y contemplación de Dios.”¹²

3. En la “escuela de la caridad”: el amor que transforma

Según algunas tradiciones monásticas, los monasterios son
considerados “escuelas”: “escuela del servicio divino”¹³, “escuela
de Cristo”¹⁴, “escuela de la caridad”¹⁵... Se trata siempre de luga-
res donde uno aprende y se ejercita en el amor de Dios y el ser-
vicio a los hermanos. Uno se inscribe en ellas para aprender a
amar

San Benito al constituir su monasterio como “escuela del
servicio divino” tiene una finalidad muy precisa: la enmienda de
los vicios, la caridad, el progreso en la vida monástica (virtudes)

⁸ *Idem.* I, V.

⁹ *Idem.* I, VII.

¹⁰ *Idem.* I, VI.

¹¹ *Idem.* I, VIII.

¹² *Idem.*

¹³ RB pról. 45.

¹⁴ San Benardo, *Super Cantica* (SC), 69.

¹⁵ Guillermo de Saint-Thierry, *Naturaleza y dignidad del amor*, 24.

y la unión con Cristo en su Reino¹⁶. El prevé que al término de un “comienzo estrecho, el monje al progresar en la vida monástica... ensanchando su corazón por la dulzura de un amor inefable, volará su alma por el camino de los mandamientos de Dios”. Se trata de la transformación que opera la caridad humilde, que expulsa el temor del corazón y le concede la experiencia del inefable amor de Cristo. Al final de su exposición sobre los grados de la humildad, Benito dice:

*“Cuando el monje haya remontado todos estos grados de la humildad, llegará pronto a ese grado de amor de Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor; gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por una santa connaturalidad.”*¹⁷

San Bernardo de Claraval, uno de sus hijos, hace un amplio estudio de este proceso transformador de la caridad, especialmente en sus tratados sobre *Los grados de humildad y soberbia*, sobre *El amor de Dios*, y sobre *La gracia y el libre albedrío*.¹⁸ Según él, el camino transformante del amor comprende tres etapas: la humildad, la misericordia y la contemplación; los cuales corresponden a tres amores: el amor a sí mismo, al prójimo y a Dios. Se trata de un camino lento y trabajoso que parte del egoísmo más o menos acentuado del hombre pecador y lo lleva hasta la comunión con Dios, gracias a la mediación de la comunidad monástica.

El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios¹⁹. Esto le hace “capaz de Dios”, pero al pecar ha quedado encerrado en su subjetividad. Su actitud mundana es la de quien se ama desordenadamente a sí mismo, se exalta, se mide con los demás, se cree superior; se considera único. En realidad es un ser que está solo, y en esta soledad experimenta el tumulto interior de sus pasiones, deseos y afectos que lo dividen, lo dispersan, le alejan de sí, de Dios y de los otros seres humanos. Su individualismo lo hace “singular”; su juicio propio no tiene ni ciencia ni sabiduría; su voluntad propia es una afirmación del

¹⁶ RB pról. 45-49.

¹⁷ RB 7, 67-69.

¹⁸ Para lo sigue, me he inspirado en la excelente ponencia de Rava, C., “El individuo y la comunidad en la doctrina de San Bernardo”, *Actas del Congreso Internacional sobre San Bernardo*, 1990, Ed. Cisterciense (Roma, 1991), pp. 263-270. Las referencias bernardinadas remiten a la edición bilingüe de la BAC.

¹⁹ Gn 1,26.

“yo” que busca su interés sin importarle el del prójimo; su propia concupiscencia le empuja a saciarse de bienes, honores, poder. Es un ser replegado sobre sí mismo que sólo ve en Dios y en los demás, la proyección de su propia subjetividad y es incapaz de apertura y trascendencia.

La primera acción transformante del amor será la humildad. Consistirá en llevar a la persona al verdadero conocimiento y aceptación de sí misma, a la luz de la palabra liberadora de Dios, y su confrontación personal con ese espejo que es la comunidad monástica. Del “no soy como los demás”²⁰, se pasará al reconocimiento y la solidaridad de aceptar que la miseria es algo común a todos, y que todos necesitamos efectivamente de una común misericordia²¹. Esto normalmente engendra una crisis. El hombre lucha rebelándose frente a la verdad con todos sus recursos personales, pero la crisis sólo se resuelve rindiéndose a sí mismo, entregándose a la misericordia dulce del Salvador.

La obediencia, por medio de la disciplina monástica somete la conducta y llega hasta la raíz de sí misma: el juicio y la voluntad. De este modo la vida común, voluntariamente aceptada y vivida, empobrece el “yo”, desapegándolo del juicio, la voluntad, el capricho y el amor propio exagerado.

De esta forma la humildad ha hecho posible descubrirse como uno realmente es, pero también ha ayudado a recuperar la conciencia de la solidaridad natural con el prójimo y a gustar la “dulzura” del bien social y común. Podemos decir que el monje se “hace” y se “recupera” como verdadero ser humano. Todo esto es gracias al amor de Cristo que ha iniciado y provocado este movimiento y le ha hecho participar de su humildad y mansedumbre. La obediencia hace humilde, y ésta, al penetrar la voluntad, la vuelve mansa.

El segundo paso del amor es la misericordia. Si la humildad llevó al monje a la verdad de sí mismo y a la misericordia divina restaurando su naturaleza como ser social, la mansedumbre provoca en él la aparición del afecto y la alegría del poder compartir.

San Bernardo la compara a un “óleo”, a un “ungüento precioso” en la cabeza²² que hace flexible y tersa a la voluntad. Es un “perfume” que “ungido con él, el hombre se vuelve dulce, pacífico, leal, a nadie engaña, a nadie molesta, a nadie hiere; no se

²⁰ *Gracia de la humildad y la soberbia* (Gr. H.), V, 17.

²¹ *Idem.*

²² *Sermones varios*, 80; SC 23.

engría sobre los demás, ni tiene favoritismos; se relaciona gustosamente con todos, dando y recibiendo."²³

Ahora el monje amándose a sí mismo con misericordia, puede amar de verdad al prójimo en su miseria. Su sufrimiento le hace verdaderamente capaz de comprender y compartir el sufrimiento ajeno. Esta "compasión" es vivir la bienaventuranza de los misericordiosos, la cual es condición para llegar a la contemplación de los "puros de corazón", pues el corazón antes de contemplar a Dios tiene que haberse purificado en la misericordia recibida y dada.²⁴

Unificado interiormente por la caridad, florecen entonces las virtudes sociales: mansedumbre, servicialidad, paciencia, compasión... Ahora, frente al pecado o al mal ajeno no se indigna contra él; quiere para su hermano lo que quiere para sí²⁵. El celo, el "buen celo" del que habla San Benito en el capítulo 72 de su Regla, le consume: busca y persigue el bien de los hombres y la gloria de Dios.

Más allá de esta comunión fraterna en la cual ciertamente Dios está presente, el Espíritu Santo puede dar la gracia "*de ser admitido a la cámara nupcial del rey*"²⁶, es decir, unir su espíritu contemplativamente con Dios. Esto no está al alcance del monje, sólo Dios puede "elevar" o "arrebatar" el alma para dar a "gustar", por un breve momento, lo que es un sabor anticipado del más allá.

El alma se ha hecho "*esposa*", dice Bernardo, pero está llena de celo por los hombres. Es el fruto de la contemplación. Pero una contemplación que si bien es amor "sabroso" de Dios, es también empeño fecundo en el misterio de la Iglesia. Dice San Bernardo que de la intimidad de su alma "*esposa*" nace su celo por ser "*madre*", entonces el Esposo se lo concede y nace el fruto de su amor contemplativo: la peculiar fecundidad apostólica que tiene la vida monástica en la Iglesia y en el mundo.²⁷

La caridad ha hecho su obra. El don de Dios y el empeño libre, amoroso del hombre han pulido y restaurado esa imagen desfigurada que es el hombre pecador, a semejanza de la de Cristo, imagen perfecta del Padre. El camino ha sido Cristo y su amor. El secreto: "*No anteponer nada a El.*"²⁸

²³ SC 23, III, 6.

²⁴ Gr.H 6.

²⁵ SC 44, III, 4.

²⁶ Gr.H 6.

²⁷ SC 58, I, 1.

²⁸ RB 4, 21.